

EJEMPLO

El estupendo prodigio que voy á referir confirma elocuentemente la doctrina que precede. Cierta hereje albigense de la provincia de Narbona (Francia) persuadió á un simple pescador á que, si deseaba salir ganancioso en su oficio, se procurase una Hostia consagrada y la arrojase á un pescado. El infeliz lo efectuó así, no sin gravísimo remordimiento, aprovechando la circunstancia de haber comulgado; y pasados que fueron veinte años, al contemplar un día la procesión solemne del Santísimo Sacramento, el Dios misericordioso se movió á compasión de su propio ofensor y le concedió el arrepentimiento de sus culpas. Confesóse inmediatamente con mucho dolor, mas el confesor le declaró que mientras el Sr. Obispo no facultase, no podía absolverle. El mismo sacerdote se personó ante su Ordinario y le pidió esta gracia. Antes, empero, que fuese concedida, ocurrió la solemnidad Pascual, y, deseando con grandes ansias recibir al Señor, visitó de nuevo á su confesor quien le disuadió de su buen propósito hasta que llegase la autorización solicitada. Entristecido el pescador, y reflexionando que su criminal proceder había sido el causante de la negativa, pensó dirigirse á aquel lugar del río donde había arrojado la Sta. Hostia, y, al llegar allí, notó con pasmo que de la orilla contraria venía con dirección á sí un enorme pez llevando en su boca una Sagrada Forma. Aturdido el pescador, corrió á notificar el caso al párroco, y ambos se personaron en el lugar del prodigio, pero nada observaron en el momento: á pocos minutos se repitió el milagroso espectáculo, y el pez, llegándose á la orilla, se dejó coger mansamente del ministro de Dios. Éste depositó con reverencia el Santísimo en un copón, y tomando al pez lo llevó consigo para testimonio del portentoso. He ahí cómo esta irracional criatura, no sin particular providencia divina, reconoció la Majestad de Jesús que en la Santísima Eucaristía se nos muestra Señor de todos los vivientes.



IV

*Jesucristo en el Santísimo Sacramento
es nuestro Hermano.*

Non confunditur eos fratres vocare.

HEB. II, 11.

No tuvo rubor de llamarles hermanos.

1. Esta es la cariñosa frase que el Apóstol emplea para formar el más sublime panegírico de la fraternidad existente entre el Salvador y sus discípulos. Al ocuparse de la esfera altísima á que había llegado el hombre mediante la Encarnación del Hijo de Dios, y haciéndose eco de las palabras que el real vate pronunciara, asegura que Jesucristo hizo al cristiano un poco menor que los ángeles, que á semejanza del primer racional le colmó de inmortal gloria y de honor inmerecido, y que le otorgó perfecto dominio, aunque temporal y como sujeto á responsable y severa mayordomía, de todas las cosas. Jesucristo, empero, ha sido entre los fieles el primero á quien correspondió por divina procedencia la dotación de semejantes bienes; y Él, por esta igualdad de herencia, quiso declarar de una manera solemne que sus discípulos, á más de hijos, eran sus hermanos. Ved ahí por qué el Apóstol manifiesta que el que santifica, que es el Hijo de Dios, y que los santificados, que somos nosotros, procedemos de un mismo tronco, aunque no por naturaleza, sino por adopción, y participamos de igua-

les gracias é idénticas mercedes; y debido á esto, Jesucristo, aunque más noble y de categoría distinta, no tuvo reparo de llamarnos sus hermanos. ¡Admirable dignación del Hombre Dios! Un ser divino llegar á familiarizarse con el ente mezquino; el Criador con la criatura, el Maestro con el discípulo, el Padre con el hijo; pero más que todo esto, llevar su bondad al extremo de constituirse hermano suyo. ¡Cuántas son las invenciones del amor!

No obstante, donde el Redentor demuestra mejor que en ninguna parte esta predilección por la criatura, es en el Sacramento del Altar, vínculo de caridad, cifra de humildad, prodigio de igualdad y sello de la fraternidad más asombrosa; porque en este Sacramento bellissimo, Jesucristo nos ama infinitamente, se humilla profundamente, se iguala y hasta se rebaja á nosotros y establece con los cristianos el pacto de cariñoso hermano, mejor que el pacto que estableciera el Eterno con los israelitas para ser su Dios, y ellos su pueblo. En este augusto Sacramento practica Jesucristo de un modo especialísimo el consolador ministerio de hermano nuestro, y pudiéramos afirmar que le perfecciona de un modo inefable. Por esta razón me creo obligado á tratar en el presente discurso que *Jesucristo en la Santa Eucaristía es nuestro hermano*: 1.º *Porque fué voluntad del Eterno Padre*; 2.º *Porque el mismo Jesús desea ser hermano nuestro*.

§. I.

2. Rasgo de magnanimidad admirable fué en Faraón, rey de Egipto, que se asociase en el reino á José, ente desgraciado, que había sido condenado sin culpa á duro encarcelamiento; pero fué también un exceso de la bondad divina que el hombre, infeliz criatura, que por su pecado estaba sumido en la mayor pobreza, llegase á participar de la herencia que correspondía al Hombre Dios. El Eterno había condescendido á la reiterada petición de su Hijo, y éste había solicitado ser hermano de aquéllos á quienes iba á librar de las garras de Lucifer, para dividir con ellos la herencia inmensa que por sus divinos títulos le correspondía.

Á este fin dirígese á su Genitor y le dice humildemente: «Voy á anunciar tu nombre á mis hermanos». Semejante condescendencia con la súplica del Unigénito no era más que la consecuencia feliz de un deseo del Eterno manifestado á Noé, después que hubo concedido la paz á los hombres: «Yo estableceré, dijo, mi pacto con vosotros y con vuestro linaje después de vosotros» (1). Y con efecto, llegó la hora marcada en el reloj de las eternidades, y el Verbo tomó nuestra carne, recibió nuestra sangre, adquirió nuestra figura, cargó con nuestras miserias, á excepción del pecado, se hizo hombre, fué hermano nuestro. Ved, pues, al Hijo de Dios que, sin dejar de ser el Ser divino, adquiere nuestra débil naturaleza y nos eleva, por esta identidad con el humano ser, á la sublime categoría de hermanos suyos, y, por consecuencia necesaria, también á la elevada esfera de hijos del Altísimo. ¡Qué merced tan estupenda! El hombre no pensara jamás que Dios, aun con su infinita sabiduría, inventara manifestación semejante. Á nadie, por consiguiente, debe extrañar ya que Jesucristo no haya tenido rubor de llamarse hermano nuestro, y que en el Evangelio haya denominado varias veces hermanos á sus discípulos y, con ellos, á todos los que con el tiempo deberían serlo. Nadie se maraville tampoco de que S. Pablo asegure que Jesucristo y sus discípulos somos unos, ya que el mismo Señor había alcanzado del Padre esta gran merced en la noche de la institución eucarística, y que, al participar de una propia naturaleza, participamos asimismo de unas mismas gracias y adquiriremos idénticos premios (2).

3. El mismo Señor se ha sacramentado en los altares por fraternizar amistosamente con nosotros. Luego en la Sta. Eucaristía poseemos un hermano. ¡Pero qué hermano! ¡Ah! revestido de los más amplios poderes tanto celestiales como terrenos, con los cuales nos puede hacer enteramente felices, abundando en mansedumbre y amor, hermoso más que los soles primaverales, simpático y gracioso hasta el

(1) Genes. IX. 9.

(2) Ephes. II, 5 y 6.

extremo, Jesucristo busca nuestro bien y nuestra dicha, al buscar nuestra compañía fraternal.

Durante su mortal carrera, en la que dejó impresas las sagradas huellas de sus trabajos y de su pasión, Jesús fué hermano nuestro, y de hecho practicó para con nuestros padres este consolador ministerio; pero se elevó por los aires para permanecer sentado á la diestra de su Padre; y á partir de este momento, si es cierto que podíamos consolarnos en que teníamos en el cielo á nuestro divino Hermano, que trabajaría á favor nuestro, pero no podíamos gozar de su presencia mientras estuviéramos en el destierro presente; nuestro desconsuelo sería inmenso, nuestra desgracia irremediable. Mas, la Santa Eucaristía fué el gran medio que Dios escogió para estar en la tierra sin faltar en el cielo, para conversar con sus hermanos mortales, sin dejar la compañía de los bienaventurados; para continuar, en una palabra, su Obra redentora, sin apartarse de su Obra inmortal y gloriosa. «Me voy y me quedo (1),» dijo cierto día á sus discípulos. Me voy al Padre, que está en el cielo, para recibir de sus manos la inmortal corona debida á mis trabajos, y me quedo con vosotros en el Sacramento adorable para ser vuestro mejor hermano. Me voy porque debo irme; pero me quedo entre vosotros, porque os amo entrañablemente.

§. II.

1. Celebra la Sagrada Escritura el grande amor que David profesaba á Jonathás, (2) y menciona que sus almas estaban como pegadas entre sí, para declarar la identidad y reciprocidad de las ideas y sentimientos de ambos príncipes; pero celebra todavía más el infinito amor que Jesucristo profesa á los cristianos, al decir que, como amase á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo de ofrecérseles en Manjar de sus almas (3), á fin de que las ideas y los sen-

(1) Joan. XVI.

(2) I Reg. XVIII, 1

(3) Joan. XIII, 1.

timientos de Jesús y los nuestros fuesen idénticos y recíprocos. El Hijo de Dios, en efecto, no sólo ha querido ser hermano nuestro, porque tal ha sido la voluntad expresa de su Padre, sino que Él mismo se adelanta á cumplirla, estableciendo esas relaciones eucarísticas tan íntimas, de cuyas sagradas leyes no podemos evadirnos.

El Cantar de los Cantares, ese epitalamio divino que nos refiere idílicamente las tiernas bodas de Jesucristo con el alma santa, tiene una bella página en la que se patentiza admirablemente la dulce fraternidad que existe entre Jesús Sacramentado y nosotros. Accediendo el Señor á los amorosos y reiterados deseos del alma devota, la responde (1): «Iré al huerto, hermana mía, y celebraremos el festín;» y como si la mesa estuviese ya dispuesta y sus hermanos, sentados á ella, exclama de súbito: «Comed, amigos; bebed y embriagaos, los muy amados.» De suerte que para celebrar este festín eucarístico, nos convida á todos los cristianos y nos da el cariñoso nombre de hermanos.

5. Y si es hermano nuestro desde el adorable Sacramento de los altares, lo es de un modo especial cuando en espiritual refección viene á nuestras almas. Cuando desea entrar en ellas, añade (2): «Abridme, hermanas mías, pues apetezco descansar en vuestro corazón.» Jesucristo, en efecto, entra en el alma y la comunica su carne y su sangre y su espíritu y su divinidad; con esta sublime comunicación, con esta estrecha junta de propiedades y caracteres, venimos á ser unos con Jesucristo, una misma cosa con Él; y si es evidente que los hermanos verdaderos participan de una misma materia, y por esa razón tienen el nombre de tales, también lo es que el cristiano, por la Comunión con el Cuerpo de Cristo, es uno con su espíritu, y por este motivo, todavía más poderoso que el anterior, se dice con razón hermano del Salvador. ¿Tendría, por consiguiente, motivo el Apóstol para afirmar, en tono absoluto, que todos los que participamos de un mismo sagrado Pan somos unos, constituí-

(1) Cant. V, 1.

(2) Cant. V, 2.

mos un solo cuerpo, y poseemos una misma vida, la vida de Jesucristo? ¡Ah! qué grande es el hombre cuando se aproxima á Dios; qué sublime cuando se une á Él; qué feliz cuando lleva su misma vida! Ni era posible que el cristiano subiese á un nivel más alto, ni que Dios pudiera levantarle más. ¡Tan profundo es el Misterio que encierra el hecho de la fraternidad eucarística!

6. Si ahora, lanzando rápida ojeada á las virtudes y propiedades que distinguen á los hermanos, según la carne, las aplicamos á Jesucristo Sacramentado, resultará de nuestras observaciones que también Jesucristo las posee, y que por este nuevo motivo puede llamarse Hermano nuestro. Los hermanos en el cuerpo son verdaderos amigos: para ellos, sobre todo para los que viven todavía bajo la patria potestad, no hay mío ni tuyo; trabajan, no para sí propios, sino para la familia doméstica; se ayudan, se socorren, se defienden, se aman mutuamente; obedientes al mandato paternal, nada ejecutan que sea desagradable á sus genitores. Pero, ¿quién más amigo nuestro que Jesucristo Sacramentado? (1). Ya no os llamaré siervos míos, dice cierto día refiriéndose á sus discípulos, sino que os llamaré amigos, porque el siervo no conoce las interioridades de su señor, pero yo os daré aquel nombre y os trataré así, porque os he comunicado las obras de mi Eterno Padre. ¿Quién es menos de sí y todo de todos sino Jesucristo, del cual ha dicho el Apóstol (2), que es rico para todos los que le invocan y todo para todos? ¿Quién nos ha otorgado todas sus infinitas riquezas sino Jesucristo, con el cual, después de habérsenos todo dado, nos han venido todos los bienes (3)? ¿Quién nos ayuda y nos socorre sino Jesucristo, del cual los salmos poéticos no hacen otra cosa que publicar su misericordia auxiliadora? ¿Quién nos defiende sino Jesucristo á quien el regio vate atribuye en espíritu que es defensor de su vida (4)? ¿Quién nos ama sino Jesucristo con el mismo amor

(1) Joan. XV, 15.

(2) Rom. X, 12.—Ephes. IV, 6.

(3) Rom. VIII, 32.

(4) Ps. XCIII, 18.

infinito con que le ama su Padre (1)? ¿Quién es, finalmente, tan obediente á la voz de su Genitor sino Jesucristo, que humilde, bajó la cabeza al mandato paterno hasta morir en una cruz (2)? Y después de todo esto, ¿podremos negar á Jesucristo el título de hermano nuestro?

Empero hay más todavía. Los hermanos según el cuerpo se parecen físicamente; en general, son el retrato más ó menos exacto de sus padres; pero Jesucristo Sacramentado, figura de la substancia de su Eterno Padre y Dios como Él, ha querido semejarse exactamente á nosotros; rebajándose hasta tomar nuestra humana substancia con las anejas miserias físicas, y aún las pasiones, á fin de que nosotros, viéndonos en Jesucristo, aspirásemos á llevar una vida pura como la suya para que asimismo fuésemos, si no figura de la substancia del Padre, al menos figura de sus dones y de su amor.

7. Últimamente os llamo la atención sobre el deseo constante de los buenos hermanos; podríamos decir que constituye una tendencia, innata á la naturaleza, pero que no es más que efecto del amor agradecido. Los buenos hijos, en efecto, quieren parecerse, y hasta hacen alarde de semejarse á sus padres, no sólo en las cualidades físicas, sino también en los dotes morales; en este justo prurito, llamémoslo así, cifran gran parte de su satisfacción; y los hijos que no han adquirido por herencia las cualidades referidas, procuran copiarlas de sus padres. Mas, pregunto ahora: ¿nos parecemos nosotros á Jesucristo Sacramentado?; nuestro espíritu se identifica con el suyo? ¡Qué distancia tan infinita! Jesucristo es amor por esencia; nosotros somos fríos ó indiferentes para con Él. Jesucristo nos busca para estrecharnos su mano; nosotros huímos de su presencia. Jesucristo, pureza sin mancha; nosotros atestados de imperfecciones y quizá de enormes vicios. Mas ¿para qué proseguir formando interminable letanía de nuestras deformidades, que contrastan evidentemente con las bellas cualidades del Sal-

(1) Joan. XV, 9.

(2) Philip. II, 8.

vador? Ciertamente que hemos sido creados á semejanza de la Divinidad, ¿pero en qué lugar de nuestro ser encontramos esta noble y espiritual figura de Dios? Evidentemente que fuimos hechos un poco menor que los ángeles; mas ¿no nos hemos rebajado hasta nivelarnos con los insipientes jumentos, al entrar en el horroroso campo de los criminales desórdenes? En verdad que Jesucristo elevó nuestra naturaleza hasta la categoría divina; mas yo busco la divina nobleza en la mayor parte de los cristianos, y ni aun siquiera puedo rastrearla. Seguramente que el Salvador nos ha comunicado su propia Vida hasta llegar á endiosarnos; pero, ¿es ésta la vida que respira la sociedad actual? Nunca como hoy, si exceptuamos la funesta época del gentilismo, se ha hallado la sociedad tan egoísta y sensual, tan dura y corrompida, tan indiferente y atea. El pagano, el francmasón y el protestante que examinan ante la luz de la razón y desde el punto de vista religioso nuestras sociedades cristianas actuales, no podrán afirmar jamás que respiran la Vida de Jesucristo, que palpitan en un ambiente cristiano, que se dejan guiar de sus máximas y consejos. No, nada de eso podrán afirmar; lo que sí dirán, y no se habrán equivocado, es que estas sociedades infelices, desertando de la bandera católica, han ido á engrosar las filas del ejército de Lucifer; lo que sí dirán, y no se habrán equivocado, es que estas sociedades han reaccionado veinte siglos y se han vuelto enteramente paganas. Y eso que hoy se maldice de la reacción; pero es la manera de entender las cosas. No se quiere la reacción en sentido cristiano, mas se la quiere y se la busca en sentido pagano.

Y dejando aparte esta gravísima falta de similitud entre los cristianos del día (hablo en general) y Jesucristo, debo recordar que una de las virtudes naturales, que arraigadas están en el corazón de los hermanos según la carne, es el apoyo, la protección y la defensa mutua; y acerca de este punto no puedo menos de hacer una sencilla reflexión. Jesucristo, ciertamente nos apoya ante su Padre, nos protege en todas las adversidades y nos defiende de nuestros encar-

nizados enemigos. Esto lo hemos visto en los capítulos anteriores y lo veremos mejor todavía en los siguientes. Mas, ¿apoyamos nosotros la causa de Jesucristo? Protejemos su ministerio divino? Defendemos con todas nuestras fuerzas su reino, ese reino mixto, espiritual-temporal de su Iglesia? Ved aquí enunciados tres puntos capitales que deben ser objeto de nuestro diurno examen, pues á su fiel práctica va unida íntimamente nuestra salvación eterna.

¿Apoyamos nosotros la causa de Jesucristo? Yo no voy á hacer aquí un largo discurso como pediría esta trascendental cuestión; pero en atención al asunto presente debo declarar, sin temor de ser desmentido, que la causa de Jesucristo en general ha sido abandonada por los católicos; que está poco menos que en el aire; y que, así como vemos á Jesucristo Sacramentado solitario en los templos, porque son contadas las personas que asisten á su divina presencia, también notamos que su causa está sola: si ésta no estuviera sola, tampoco lo estaría Jesús Sacramentado. El ejército del Salvador se compone de algunos pocos batallones de valientes, que todavía no han desertado de sus aguerridas filas, porque la inmensa mayoría de soldados católicos se afiliaron al ejército del error; sumaron sus fuerzas con las fuerzas del espíritu del mal; en lugar de apoyar á Jesucristo le atacan por muchas partes. No son sus verdaderos hermanos.

¿Protejemos el ministerio divino de Jesucristo? Mientras se protejen candidatos heréticos, mientras se favorece el lujo y la molicie, mientras se ayuda á corromperlo todo, ¿qué se hace por secundar los planes del Soberano Pontífice y de los obispos? Qué se hace por socorrer la pobreza de las iglesias y por adornar el trono material del Sacramento Santísimo? Qué se hace por purificar esa pestilencial atmósfera, que hoy se masca, á fin de atraer las almas al redil del Buen Pastor? Importa muchísimo gastar el dinero en locas vanidades; pero nada importa atender al servicio del Altar y al socorro de los pobres. Importa muchísimo emplear la influencia para satisfacer ambiciones ó ejecutar desvaríos; pero nada importa emplearla en la satisfacción

de las nobles aspiraciones del alma. Importa muchísimo consumir la salud por adquirir un empleo, un destino, el aura popular; pero nada importa tomarse una incomodidad por conquistar un alma á Jesucristo, por conquistar el cielo.

Y así como todos los que esto ejecutan no pueden llamarse hermanos de Jesucristo Sacramentado, tampoco lo son los que, debiendo, no defienden, no extienden el reino del Salvador. Veréis que los pecadores, abusando de los dones de Dios, blasfeman, profanan los templos y días de fiesta, cometen sacrilegios; notaréis que los incrédulos hacen irrisión de las cosas santas; observaréis que los herejías, cuyo número es infinito, predicán á mansalva doctrinas erróneas, fomentan el libertinaje y suman las fuerzas católicas á su infernal partido. Y para evitar tantos males, ¿qué hacen los que pretenden llamarse hermanos del Salvador? ¡Ah! ó están dormidos en el campo de trigo, dejando que crezca la cizaña, ó se convierten en instrumentos del infierno para matar al Hijo del Padre de familias.

Jesucristo Sacramentado tiene sed de almas, ¿y quién le ayuda á apagar esta ardiente sed?; quiere se extienda su Evangelio, y ¿quién se toma la incomodidad de propagarlo? desea le recibamos en nuestro corazón, y ¿quién comulga con frecuencia? ¡Ah! tampoco son hermanos del Señor los que esto no practican.

Pero no sigamos siendo verdugos de Jesucristo. Oigamos sus consejos; sigamos sus máximas. De este modo nos atraeremos las bendiciones del Sagrario, que son las bendiciones del cielo; y, atravesando con ellas felizmente este triste destierro, podremos llegar un día á conseguir el premio de nuestras virtudes en la gloria.

EJEMPLO

El siguiente suceso comprobará una vez más cuán consolador es el ministerio de Hermano que Jesucristo Sacramentado desempeña para con aquellas almas que sinceramente le aman.

El beato Fr. Diego de Cádiz poseía en el Santísimo Sacramento del Altar su más regalado paraíso. Cierta día, que celebraba el agosto Sa-

crificio de la Misa, se le apareció el Salvador en forma humana, y, como amante hermano que estrecha su pecho contra el de su hermano, le dió un tierno abrazo, diciéndole al propio tiempo estas consoladoras palabras: ¡«Fr. Diego mío!»! En otra ocasión el mismo siervo de Dios se hallaba en la iglesia de Andújar, arrobado en dulce coloquio con Jesucristo Sacramentado, cuando le pareció que el Señor le decía: «Ven acá, Diego mío» y le estrechó de nuevo contra su Corazón divino. En la última enfermedad decía á los médicos que le visitaban: «No se cansen, que la última enfermedad nadie la cura; es mejor que me prepare para que reciba á mi Dios Sacramentado.» Con estas felices disposiciones, después de recibida la Sagrada Hostia, y abrazado al santo Crucifijo, dió su alma al Criador el bendito varón que se había portado durante su vida cual perfecto hermano de Jesucristo en el más bello de sus misterios (1).

(1) Revista Franciscana, año 1895.